

COLECCIÓN DE BIOÉTICA

El origen de la bioética como problema

Manuel Jesús López Baroni



Organització
de les Nacions Unides
per a l'Educació,
la Ciència i la Cultura



Càtedra UNESCO de Bioètica
de la Universitat de Barcelona



Observatori de
Bioètica i Dret
Universitat de Barcelona

Índice

Presentación, <i>por María Casado</i>	11
Introducción, <i>por Manuel Jesús López Baroni</i>	13

PRIMER MODELO

ORIGEN DE LA BIOÉTICA (1) – ORIGEN DEL NEOLOGISMO (1)

1. Introducción	21
2. El <i>renacimiento</i> de Jahr	23
3. Potter: la bioética como biocentrismo panteísta	33
3.1. La disputa con los jesuitas	35
3.2. La bioética como ecología	37
3.3. La bioética profunda	40
4. André Hellegers: la bioética como movimiento <i>pro-vida</i>	45
5. Bioética como primado de la Iglesia católica	59

SEGUNDO MODELO

ORIGEN DE LA BIOÉTICA (1) – ORIGEN DEL NEOLOGISMO (0)

1. Introducción	73
2. La bioética mediterránea	75
3. La bioética integradora o europea	81

TERCER MODELO

ORIGEN DE LA BIOÉTICA (0) – ORIGEN DEL NEOLOGISMO (1)

1. Introducción	87
2. Feminismo, género y pensamiento posmoderno	91
3. Laicismo	95
4. Multiculturalismo	105
4.1. La bioética multicultural como defensa de los particularismos	105
4.2. La bioética multicultural como universalismo	112

4.3. La bioética multicultural como regionalismo	118
4.3.1. Bioética latinoamericana como <i>bioética continental-marxista</i>	118
4.3.2. Bioética latinoamericana como <i>campo del conocimiento neutral</i>	125
4.3.3. Bioética latinoamericana como <i>laicismo</i>	128
4.4. El multiculturalismo en la bioética como memoria histórica	131

CUARTO MODELO

ORIGEN DE LA BIOÉTICA (0) – ORIGEN DEL NEOLOGISMO (0)

1. Introducción	135
2. Bioética como colonialismo	137
3. Bioética como latrocinio	141
4. Bioética como <i>impostura</i>	145
Conclusiones	149
Epílogo	155
Bibliografía	159

Presentación

El libro que tiene entre las manos se ocupa del origen y el contenido de la bioética. Se trata de un tema controvertido, ya que del origen que se fije para la aparición del término se derivan consecuencias determinantes para el concepto mismo.

Dicho así puede pensarse que se trata de un trabajo erudito solo interesante para los estudiosos de la materia. Nada más lejos de la realidad: el texto de Manuel Baroni es ameno —apasionante incluso—, además de documentado e imprescindible si queremos saber qué es y qué hay detrás de la bioética, esa nueva área de conocimiento que ha irrumpido con fuerza y cuya temática parece haberse enseñoreado en las últimas décadas de los trabajos de disciplinas mucho más antiguas y consolidadas, tales como la ética, la filosofía jurídica y política, o la propia deontología médica.

La investigación previa a este libro ha llevado al autor a desenterrar fuentes poco visitadas y a analizar de forma crítica otras que habían sido interpretadas de manera poco rigurosa, pero que son citadas una y otra vez, como mantras de la materia, sin haber sido sometidas a verificación ni crítica. En este sentido, el profesor Baroni ha llevado a cabo un estudio exhaustivo y demoleedor que le valió un sobresaliente *cum laude* por unanimidad en la lectura de la tesis doctoral que bajo el nombre de *Bioética y multiculturalismo* defendió en julio de 2015, dentro del Programa de doctorado de la Universidad de Barcelona, en la Línea de Bioética y Derecho, que coordino. Debo decir que dirigir esa tesis fue muy fácil, dado que el doctorando «lo sabía todo» y, además, era ya doctor por la UNED con una tesis sobre García Morente y la Guerra Civil española defendida en Madrid, en 2010, con la cual también obtuvo la máxima calificación en aquella universidad.

Manuel Baroni es profesor asociado de Filosofía del Derecho, profesor de secundaria y da clases en la carrera de Biotecnología de la Universidad Pablo de Olavide, de Sevilla. Por todo ello, posee un conocimiento interdisciplinar poco frecuente, que aporta riqueza y originalidad a su trabajo que, al estar situado en un lugar de frontera y de encrucijada entre diversas formas de hacer ciencia, requiere justificar continuamente el territorio propio, frente a los demás pero también frente a sí mismo. Consecuentemente, su labor —a menudo

solitaria—, su actitud antidogmática —crítica y a la vez constructiva— y su dedicación al trabajo y la investigación le han permitido construir un perfil que lo convierte en alguien enormemente valioso como investigador en bioética. Por ello —y por sus virtudes humanas— desde 2012, año en que para asistir a un seminario de nuestra Cátedra Unesco de Bioética apareció espontáneamente en el Observatorio de Bioética y Derecho (OBD), lo hemos incorporado como un nuevo miembro, ya imprescindible, del mismo.

El profesor Baroni es un investigador académico, a la vez que un autor ameno y un excelente divulgador, lo que es una rara habilidad. Las cuestiones que trata son controvertidas y se podrá discrepar o no de sus puntos de vista pero todos se sostienen con fundamento, mediante análisis y argumentos, con el apoyo de los textos de primera mano que avalan lo que afirma. El lector constatará de inmediato el fino sentido del humor que transmite su escritura y captará la delicada ironía con que afronta las cuestiones más profundas. Yo diría que son algunas de las mejores virtudes del gen andaluz las que se translucen en su forma de escribir, que atrapa al lector y mantiene su atención sin decaer ni siquiera ante los pasajes que pueden ser considerados más arduos. Cuando se tratan las cuestiones con conocimiento de causa, con afán de ser comprendido y de aportar cosas nuevas al pensamiento —como en este caso sucede—, necesariamente se crea un clima de complicidad y comprensión entre el autor y el lector.

Habitualmente se espera que la presentación de una obra contenga una descripción de esta que oriente su lectura. En este caso, he preferido simplemente incitar al lector a que haga el descubrimiento por sí mismo, sin preconfigurar caminos. Estoy segura de que, sea cual sea la ruta que emprenda su pensamiento, será apasionante: no en vano el itinerario compartido y el diálogo mental que una buena obra genera entre el lector y el autor resulta siempre una aventura enriquecedora.

MARÍA CASADO

Barcelona, mayo de 2016

Introducción

La bioética es una materia que inició su andadura a principios de los años setenta del siglo pasado.¹ Aunque, como analizaremos, es una afirmación que requiere numerosos matices, en poco más de cuatro décadas se ha convertido en un campo del conocimiento consolidado e institucionalizado, un punto de confluencia de numerosas disciplinas que, entre otras cuestiones, estudia las implicaciones éticas, políticas, jurídicas, científicas y filosóficas de la biomedicina y la biotecnología.

Ahora bien, ¿cuál es *exactamente* el estatus de la bioética *como disciplina*? La respuesta a esta pregunta nos reenvía a otra cuestión aún más compleja: ¿dónde y cuándo surge?

Como analizaremos, el criterio más difundido es el de atribuir la paternidad de nuestra disciplina a quien primero formuló el neologismo *bioética*. Esta fue la posición predominante hasta que la inesperada *reaparición* del alemán Fritz Jahr nos mostró sus carencias, ya que de pronto nos forzó a plantearnos qué habían estado haciendo entonces todos estos años los estadounidenses.

Si empleamos otro criterio, en principio razonable, como identificar el nacimiento de la bioética con la ética clínica, podremos considerar que nuestra disciplina ha surgido de la nada tantas veces como culturas o civilizaciones humanas han existido, puesto que la pregunta de a quién sanar y cómo está unida a la especie humana desde sus orígenes. Es más, quizá tendríamos que situar el nacimiento de la bioética en los neandertales o aun en los erectus, que también *cuidaban* a sus congéneres.

Y si empleamos el positivista criterio de identificar la bioética con *lo que hacen* los bioeticistas, esto es, con el conjunto de materias que constituye su

¹ El presente libro es una adaptación del primer capítulo de la tesis doctoral titulada *Bioética y multiculturalismo: políticas públicas en España (1978-2013). El hecho cultural ante la revolución biotecnológica*, dirigida por María Casado e Itziar Lecuona (Universidad de Barcelona). Considero que este primer capítulo tiene una sustantividad propia y puede resultar útil a la hora de analizar los orígenes de la bioética, de ahí el título del libro, *El origen de la bioética como problema*. He eliminado, adaptado o traducido la voluminosa bibliografía que acompaña a una tesis doctoral con objeto de agilizar la lectura y comprensión. De cualquier forma, la bibliografía original puede ser consultada en la tesis, cuya dirección es: <http://tdx.cat/handle/10803/306134>.

objeto de investigación, tendríamos una disciplina omnímoda, pues pretender reflexionar sobre la vida, la muerte, la salud, la procreación, la sexualidad, etc., abarca prácticamente *todo lo humano*, lo que le restaría credibilidad como campo del conocimiento al no poderse acotar razonablemente.

Por otro lado, en nuestra disciplina se plantea el problema de cómo valorar adecuadamente las aportaciones de las demás naciones y civilizaciones. Dado que el término *bioética* es occidental, ¿cómo denominar a las reflexiones, prácticas y disciplinas del resto del planeta? Obviamente resulta indefendible calificar las prácticas de los demás pueblos y culturas en sentido negativo (*ciencia no occidental*, Selin, 2003) y no positivo (medicina *musulmana*, *hindú*, etc.). Pero a la vez tenemos el problema de los inconmensurables en las traducciones. ¿Cuál es el equivalente de la palabra *ética*, *moral* o *bioética* en las lenguas no occidentales? ¿Y sus homólogos institucionales u organizativos? Resulta significativo que la Declaración Universal de Bioética, que pretende ser precisamente multicultural y superar el etnocentrismo, no defina la bioética (Langlois, 2008).

Pues bien, analizar el origen de la bioética como problema en sí mismo nos obliga a prestar atención a varios factores que se simultanean, como son:

- 1) El sesgo religioso de los primeros bioeticistas, que insufló a la disciplina un aura de asfixiante espíritu misionero durante las dos primeras décadas de existencia.
- 2) La decidida vocación monopolizadora de los teólogos en cuestiones tan sensibles como la reproducción, la sexualidad, el aborto o el fin de la vida, lo que generó como reacción defensiva la incorporación a la disciplina de corrientes laicistas y feministas a finales de los ochenta y principios de los noventa del siglo pasado.
- 3) El hundimiento del comunismo entre 1989 y 1991, que provocó la sustitución del contexto sociopolítico en el que nació la primigenia bioética, esto es, la Guerra Fría y su dicotomía capitalismo/comunismo, por el discurso de la Globalización y sus dos antagónicos paradigmas, el Choque de Civilizaciones y la Alianza de las Civilizaciones. La consecuencia de este nuevo escenario internacional fue la irrupción de la *cuestión cultural*, con sus variables, etnocentrismo/relativismo/multiculturalismo, en la bioética.
- 4) La aceleración de los avances en biotecnología desde los años noventa del siglo pasado, con el objetivo último de intervenir en el genoma de los seres vivos, incluida nuestra especie. Así, los interrogantes contemporáneos acerca de las implicaciones de estas investigaciones se han superpuesto a las

cuestiones propias de la ética clínica, materia tradicional de la bioética primigenia.

Pues bien, para analizar la compleja interrelación entre estas cuestiones y clarificar los orígenes de la bioética hemos creado un modelo con dos variables (origen del neologismo/origen de la bioética), que arroja cuatro combinaciones posibles.²

El primer criterio es el origen del neologismo, lo que implica señalar como punto de referencia la época, el contexto social e histórico y las características personales de quien formula primigeniamente, o redescubre, la palabra *bioética*. Con este criterio, el elemento más importante es quién utilizó el término por primera vez, aunque se regenere en épocas y lugares completamente diferentes, y con total independencia de cuáles sean las materias que hoy día constituyen la disciplina.

El segundo criterio es el «origen de la bioética», lo que implica emplear como criterio de referencia las materias que se estudian actualmente en la bioética, con independencia del país, cultura, o época en que se haga, siendo completamente irrelevante el término que se utilice para designar este campo del conocimiento. Así, de forma genérica podríamos señalar como contenidos propios de la bioética la ética clínica y las implicaciones de la biotecnología, con lo que prácticamente abarcaríamos todos los campos, desde el día a día del personal sanitario hasta las cuestiones inherentes a la genética presente y futura, englobando tanto los temas tradicionales —aborto, eutanasia, etc.—, como los más avanzados —transgénicos, modificación del genoma humano, vida artificial, etc.

Pues bien, las cuatro combinaciones, resultado de aplicar estos dos criterios, son las siguientes:

- 1) La disciplina nació *antes* que el neologismo, modelo «Origen de la bioética (1) – Origen del neologismo (0)».

Lo relevante es el campo del conocimiento, que siempre ha existido (en todas las culturas ha habido ética clínica, aunque sea con otro nombre), y es

² En *¿Qué es la ciencia?*, Gustavo Bueno emplea dos conceptos, *materia* y *forma*, que se corresponden con *hechos* y *teorías*, para describir cuatro modelos conceptuales de la ciencia. Sus modelos —1-1, 1-0, 0-1, 0-0—, aparte de clarificar cómo se emplea la voz *ciencia* en las diferentes corrientes de pensamiento, nos han servido como prototipo para elaborar clasificaciones en este trabajo. BUENO (1995a). Un modelo parecido empleó Castilla del Pino (2000) para analizar la psicología humana.

indiferente el nombre de la disciplina, *bioética*. Este paradigma permite reivindicar la aparición de la bioética en suelo no estadounidense y/o no occidental.

- 2) La disciplina y el neologismo aparecieron *a la vez*, modelo «Origen de la bioética (1) – Origen del neologismo (1)».

Este es el modelo más difundido y compartido. El neologismo apareció con Potter y los jesuitas de Georgetown (1970-1971), y la disciplina es lo que sus padres fundadores quisieron que fuese. La fuerte disputa entre los protestantes y los católicos en este campo del conocimiento radica en que «ser el primero» en crear el término confiere legitimidad para imponer los valores y la ruta a seguir.

A su vez, aquí hay dos líneas de desarrollo:

- a) La que concibe la bioética como una forma de ecologismo, que es la de Potter. La aparición de Fritz Jahr en Europa confirmó una temática: la bioética es ecología, pero en el sentido propio del ascetismo protestante (Potter y Jahr). De hecho, es posible hallar vinculaciones entre Kant, Jahr y el protestantismo germánico, por lo que Potter sería un epígono.
- b) La que considera que la bioética sustituye a la *ética clínica*. Es la tesis de Hellegers, Shriver, Eunice Kennedy y los jesuitas de Georgetown, contextualizada por los reflujos del Concilio Vaticano II.

- 3) Primero apareció el neologismo y años o décadas *después* apareció la disciplina, modelo «Origen de la bioética (0) – Origen del neologismo (1)».

Este paradigma concede que, en efecto, el neologismo apareció en Estados Unidos entre 1970 y 1971, y de la mano de los jesuitas y los protestantes. Dado que el sesgo que confirieron a la disciplina era eminentemente religioso, el campo del conocimiento como tal no apareció junto al neologismo, sino más tarde, con la incorporación de corrientes de pensamiento más plurales y diversificadas, como las corrientes laicistas, feministas y multiculturales.

- 4) La disciplina no existe *como tal* y el neologismo fue un invento afortunado para ocultar las *malévolas* intenciones de quienes lo formularon, modelo «Origen de la bioética (0) – Origen del neologismo (0)».

Esta tesis es propia de quienes cuestionan la legitimidad de la bioética como disciplina. Para sus defensores esta representa alguno o todos estos axio-

mas: *a)* la defensa del neoliberalismo capitalista estadounidense; *b)* la defensa de una nueva forma de colonialismo, el genético y el biotecnológico; *c)* la sustitución del modelo de la ética clínica propio de los médicos, basado en la beneficencia, por un modelo economicista defendido por teólogos, filósofos e intelectuales sin conocimiento de causa ni representatividad, y *d)* la legitimación de los abusos que se siguen produciendo mediante un discurso aparentemente benigno.

Desarrollaremos a continuación los cuatro modelos citados.

PRIMER MODELO
**ORIGEN DE LA BIOÉTICA (1) –
ORIGEN DEL NEOLOGISMO (1)**

En este modelo la bioética nace como *campo del conocimiento* a la vez que se crea el *neologismo bioética*, de forma que las dos variables se emparejan hasta hacerse inextricables. De ahí que sea el modelo I-I, lo que realza la imbricación entre ambos momentos.

Este es el modelo seguido habitualmente en los manuales, artículos y estudios científicos. Es lo que explica que una de las cuestiones más candentes y que más literatura ha generado consista en discutir quién creó el término, Potter, Shriver o Helleger, porque este suceso es el que *debería* marcar el futuro de la disciplina.

La justificación de este criterio reside en que quien crea el término atribuye a la vez una especie de *impronta* a la disciplina, de manera que esta es lo que el padre descubridor *quiso que fuese*. Esta interrelación entre neologismo y disciplina es la que exigió contra viento y marea Potter frente a los jesuitas de Georgetown. Si Potter vinculó la palabra *bioética* al ecologismo, entonces los subsiguientes bioeticistas/neófitos son *discípulos* que deben seguir al *alma mater*, so riesgo de desairar la memoria del maestro; si, por el contrario, el primer bioeticista es otro, entonces el contenido y sentido de la disciplina cambiaría nuevamente. De ahí que sea una cuestión de vida o muerte saber quién fue el primero.

La aparición de Fritz Jahr en Alemania llevó a algunos bioeticistas, amparándose en este mismo criterio, a reivindicar para Europa la primacía. Era completamente indiferente que otras culturas, en distintas épocas y lugares, reflexionaran sobre la ética clínica, el ecologismo o cualquier temática similar, ya que el único dato que debía tenerse en cuenta es quién había creado la palabra. Si fue Fritz Jahr, la bioética nació en Europa y debe de ser lo que tenía en mente el alemán, por más que el pastor luterano nunca hubiese sospechado el alcance de su afortunada creación.

Esto es lo que explica que se vincule el nacimiento de la bioética con personas que le otorgaron un sentido muy diferente al que ahora le atribuimos, de manera que lo que empezó como una reflexión de naturaleza religiosa, caso por ejemplo de Jahr o de Potter, es hoy el eslabón perdido de las reflexiones contemporáneas sobre la inteligencia artificial o la vida sintética. La esperanza

de otros pueblos occidentales es que quizá algún antepasado suyo empleó la palabra *antes*, con lo que este descubrimiento sería análogo al de hallar recursos naturales en cualquier pueblo perdido del viejo continente, una veta por explotar que confiere legitimidad, prestigio y capacidad de influencia.

Por este motivo es el criterio que permite mayor etnocentrismo cultural, ya que *descubrir* la bioética es análogo a crear las instituciones democráticas, el cine o el telescopio. La raza, etnia, cultura, religión o pueblo al que pertenece el descubridor reivindica con orgullo su legado como logro civilizatorio y prueba indirecta de su preeminencia intelectual.

Sin duda, en este juego Occidente participa con una *sutil ventaja*, puesto que la palabra *bioética* es de raíz griega, con lo que solo podemos ganar *nosotros*.¹ Por mucha sabiduría que posea un oriental, ¿cómo se le iba a ocurrir justo esa palabra? El resto de los pueblos, culturas, civilizaciones, etc., queda al margen y son meros receptores pasivos del ingenio occidental, aunque este ingenio esté vinculado a su lengua y no a las materias de estudio, y la lengua a su vez sea un factor completamente azaroso.

Pues bien, este es el criterio empleado por las bioéticas procedentes de paradigmas religiosos, en concreto por la bioética estadounidense, con una feroz batalla entre Potter y los jesuitas sobre la primicia, y por la bioética católica, que le disputa al mundo estadounidense no ya la primicia sino la primacía. Entre tanto *resucitó* Fritz Jahr, arrastrando el debate hacia territorios insondables.

Empleando este criterio analizaremos los problemas generados por la vinculación entre la disciplina y el descubrimiento del término *bioética* (modelo I-I). Para ello trataremos de seguir un orden cronológico en los hechos tal como los conocemos hoy. Así, comenzaremos por estudiar la breve obra de Fritz Jahr, que fue quien realmente creó por primera vez el término en el contexto del advenimiento del nazismo; el redescubrimiento del concepto por parte del también pastor protestante Potter; la reapropiación del neologismo por parte de los jesuitas de Georgetown, que son quienes propiamente expanden la bioética, y, por último, los esfuerzos de la Iglesia católica por reivindicar para sí la disciplina, amparándose para ello en los vínculos de los preludios de este campo del conocimiento y el Concilio Vaticano II.

¹ En numerosos estudios se trata de hallar el equivalente a la «ética» en pueblos no occidentales (Crawford, 2003). En otros, la dificultad inherente a encontrar equivalencias lleva a concluir, por ejemplo, que la ética médica nació *solo* en Occidente (Loewy y Springer Loewy, 2005).